

CRÍTICA DE DON JUAN EN LOS RUEDOS

Salvador Rubio

Salvador Távora vuelve a Barcelona. Nos ofrece con *Don Juan en los ruedos* una revisión del mito de Don Juan, arquetipo del mujeriego insaciable.

Don Juan ha sido objeto de múltiples versiones desde la de Tirso de Molina hasta la de Zorrilla pasando por el *Don Giovanni*, de Mozart. Pero lejos se encuentra el Don Juan de Távora de estas anteriores versiones. No busca criminalizar a Don Juan, mostrar el amor como pecado, más bien persigue lo contrario. Hacer aparecer el deseo como metáfora de la vida.

La adaptación es un ejercicio de pureza y simplificación, buscando lo elemental. Sin texto, y me atrevería a decir sin siquiera argumento, persigue liberar, lo que dura el espectáculo, al espíritu insaciable que se esconde tras cada uno de nosotros. El amante de la vida al que ninguna meta puede satisfacer. Y, qué mejor forma de mostrarlo que enfrentando por igual a Don Juan con mujeres, caballeros y toros. Qué mejor metáfora de la vida que el enfrentamiento puro.

El director limpia el escenario de cualquier elemento perturbador que nos aleje de la esencia del combate. Porque eso es lo que define a este Don Juan. Y todo el espectáculo que rodea al protagonista, todos esos fandangos, zapateaos, bulerías y pasodobles están ahí, no a modo de adorno, sino buscando intensificar el combate, concentrar la atención en la dialéctica del deseo, en esa espiral sin fin que es la vida.

Espiral sin fin que solo podrá ser contenida por las fuerzas represoras de lo establecido devolviendo, al final del espectáculo, el orden al mundo. Por noventa minutos fueron liberadas las fuerzas que se ocultan tras el velo de Maya. Pero aunque devueltos al orden, nos queda en la memoria el canto de desesperado deseo de la cantadora, la novia cortejada y perseguida por el novio, la lanza que a modo de falo penetra a la monja, pero, ante todo, al torero, solo, ante el toro.